

## REVISTA DE REVISTAS

Arbor

Madrid

Tomo XI, núm. 36, diciembre de 1948:

TORRENTE BALLESTER, Gonzalo: *La Generación del 98 e Hispanoamérica*. Págs. 505-516.

El tema de Hispanoamérica no cuenta entre los comunes a todos los miembros de la Generación del 98. De los más eminentes, sólo tres de ellos—Unamuno, Maeztu, Valle-Inclán—dedicaron a los países hispanoamericanos atención preferente. La Generación del 98 no descubrió el tema americano; lo recibió en herencia de la generación anterior: de Menéndez Pelayo y de Valera, que se habían ocupado con cariño e interés de la literatura trasatlántica. Unamuno continúa la tradición de Valera, pero añadiendo juicios históricos y posiciones políticas. Maeztu, tardíamente, inventa el nombre de una posible comunidad espiritual; Valle-Inclán utiliza la vida y la historia americanas, además de su paisaje, como materia literaria, y es una de sus grandes originalidades. La razón de que Unamuno se haya ocupado tanto de los libros que le enviaban de América lo atribuye el articulista a que en los grandes diarios de la Argentina cobraba buenos ingresos por su colaboración. La gran relación cultural de América con España la trajo para los hombres del 98 Rubén Darío. Fué precisamente a través de Rubén Darío cómo la Generación del 98 recibió la estética finisecular de Francia. El articulista analiza después el ame-

icanismo cultivado por Valle-Inclán en la *Niña Chole*, *Sonata de estío*, y, por último, en *Tirano Banderas*. Asimismo, pormenoriza la visión de América, parcial y a veces injusta, que hay en los escritos de Unamuno, fuertemente influido por Sarmiento y por Gil Fortoul. Tampoco comprendió Unamuno a Rubén Darío, hacia el que manifestó insistente desvío. Por el contrario, elogió al decadente Gómez Carrillo, según el articulista, porque Gómez Carrillo tenía las llaves del *Mercure de France*. Por último, se ocupa el articulista del libro de Ramiro de Maeztu *La defensa de la Hispanidad*, y dice: «Acertó en una hora crítica a exponer con valor unas ideas que parecían ya vencidas e inoperantes.»

Lectura

Méjico

15 de septiembre de 1948:

VASCONCELOS, José: *Defensa de Hispano-América*.

Este breve artículo posee toda la objetividad que debe desearse para poder enjuiciar serenamente acontecimientos históricos de alto valor. La independendencia lograda por los países hispanoamericanos en el siglo pasado indujo a lamentables errores, no sólo en su política interna administrativa, sino incluso en lo que se refiere al desprecio de la cuantiosa e inapreciable herencia que de España recibieron. De estos errores se hace eco el articulista y señala oportunamente las funestas consecuencias que significaron para estos pueblos. Juá-

rez, en Méjico; Sarmiento, en la Argentina; Batlle Ordóñez, en el Uruguay..., etc.

Esta emancipación rozó peligrosamente las relaciones administrativas de esos países hasta que Alamán concibió la Liga Aduanera, restableciendo un equilibrio que era inestable. Preconiza la formación de un bloque económico de los Estados sudamericanos y la unión de los Estados Unidos y Occidente en su lucha contra la agresión soviética.

SEPTIEN G., Carlos: *América empieza en los Pirineos*.

He aquí un artículo que viene a ser una caballerosa y noble postura del hijo que defiende a la madre España, agraviada en otro tiempo por irresponsables. De la famosa frase histórica con la que encabeza su escrito, el articulista saca una consecuencia: la de que es cierto que «Europa termina en los Pirineos», porque allí comienza «algo distinto», y de los Pirineos hacia el Sur se extiende un sentido de cristiandad del que Europa ha apostatado hace mucho tiempo: Una certeza de misión espiritual que Europa ha perdido. Y el articulista, dignamente ufano de su ascendencia hispánica, dice que es América la que comienza en los Pirineos, porque España «pertenece a América», y así se explican los «requiebros» con que las grandes potencias tratan hoy a España. «Como reserva lista para la salvación del mundo: que éste ha sido siempre su destino histórico.»

### Estudios

Santiago de Chile

Núm. 189, octubre-noviembre de 1948:

YCAZA TIGERINO, Julio: *Originalidad cultural de Hispanoamérica*. Páginas 3-32.

Se trata de un breve pero importante y aclarador ensayo sobre el problema de la existencia de una cultura

hispanoamericana con sello y características propios, que tanto preocupa actualmente en aquellos países, y que también empieza a preocupar a algunos pensadores europeos, como Papini. El autor parte precisamente del planteamiento hecho por este escritor italiano en un famoso artículo que produjo considerable revuelo en Hispanoamérica, para, en respuesta al mismo, afirmar el hecho de que «Europa ha dejado de ser la guía y la esperanza de Hispanoamérica», y que «los fenómenos culturales y políticos europeos tienen cada día más en Hispanoamérica el carácter de ajenos al alma hispanoamericana, al proceso íntimo espiritual de esas naciones». Pero al respecto hace una distinción entre España y Europa. «España —afirma— no es Europa para nosotros»; «... el retorno a lo español y a su vigencia dentro de nuestro ser y de nuestro pensar americanos, está en razón directa al alejamiento de lo europeo, en razón directa a lo que España tiene de *no Europa*, es decir, de no extraña a nosotros».

Crítica luego el sistema o criterio valorativo que emplea el europeo respecto a Hispanoamérica. «Aplica —dice— a todos los hombres un antropometrismo europeo, y a todos los pueblos un europometrismo político y cultural». La medida de la Cultura es el hombre «en su doble dimensión de individuo y de Humanidad». «Los valores humanos no han sido agotados por la Cultura europea. Por el contrario, Europa ha carecido de algunos de esos valores y otros los ha perdido en el curso de la Historia». Frente a esta premisa, el autor afirma: «Hispanoamérica puede aportar nuevos valores humanos originales a la Cultura Occidental y recuperar los valores primitivos perdidos en la crisis histórica europea».

El problema queda así planteado como determinación de esos valores originales de aportación y de recuperación, y para ello hay que fijar los términos de la crisis cultural europea u occidental. Esta crisis es crisis de intelectualismo. La herencia que recibe América de Europa al nacer a la

Historia es la de «una cultura viciada de intelectualismo y de racionalismo». «Dentro de esa corriente moderna de crisis y decadencia cultural, América no puede ni debe crear nada». Esta infecundidad e inintelectualidad hispanoamericanas son las que —como dice Keyserling— pueden conferir a Hispanoamérica «en este viraje de la Historia una misión trascendental para la Humanidad».

Antes de entrar a señalar los posibles valores culturales de aportación hispanoamericana a la Cultura Occidental, el autor hace un breve esbozo de las diferentes interpretaciones culturales de Hispanoamérica, «las de la imitación europea: cosmopolitismo, latinoamericanismo y españolismo; y las del autoctonismo americano: telúrico o ambiental, geopolítico, racial o indigenista, y el hispanista o de mestizaje cultural». Esta última interpretación, la hispanista o de mestizaje cultural, es la que defiende el autor, afirmando su creencia en una «Cultura Occidental Hispanoamericana», producto de «un desplazamiento hacia Hispanoamérica del centro geográfico y espiritual de la Cultura de Occidente, como fruto de una recreación de dicha cultura por la recuperación hispanoamericana de los valores que ha perdido a través de su crisis histórica y por la aportación americana de nuevos valores originales capaces de producir en ella una modificación importante». Los valores de recuperación son, en primer lugar, los valores cristianos, teológicos y teocéntricos, perdidos por la Europa Moderna, y que son ofrecidos por España a la Cultura de Occidente, participando Hispanoamérica en ese ofrecimiento, en lo que tiene de hispánica; y en segundo lugar, los valores propios de «un primitivismo esencial que también ha perdido la Europa supercivilizada y superintelectualizada». Ese primitivismo consiste «en una pureza de alma primordial que se caracteriza por un sentido elemental de las cosas y de su directa, propia y natural relación con el misterio de la creación». Estos son valores de la «naturalidad» americana que pueden llegar a la Cultura Occidental, fecundadora-

mente, sólo a través de la humanidad de América, del hombre de América.

Y este hombre de América tiene «un modo propio de orientar esa fuerza primordial o primitiva, modo o estilo determinado por ciertos valores originales y genuinos». Estos valores constituyen la novedad de América, son los valores de *aportación*. El autor los nombra y explica: a), «revaloración de la materia»; b), «sentido colectivo de la cultura».

Al final de su ensayo, el autor resume su tesis en las siguientes palabras: «En la crisis actual, la Cultura de Occidente sólo puede ser salvada por los valores de recuperación y de aportación que encierra la Cultura Hispánica. Estos valores son los valores propiamente hispánicos o españoles de un catolicismo integral, y los valores del autoctonismo hispanoamericano, en cuyo vigor originario y original reside esencialmente la esperanza de una recreación cultural».

Este ensayo presenta el planteamiento más vivo y atrevido que se ha hecho del problema de la cultura hispanoamericana. Sus afirmaciones pueden ser discutidas, pero son representativas de una corriente cada vez más fuerte del pensamiento hispanoamericano.

### The World Today

Vol. IV, núm. 11, noviembre de 1948:

A. S. B. O.: *The Philippine Islands. Economic problems of independence.* (Problemas económicos de las Islas Filipinas al ser independientes.) Págs. 488-496.

Las Filipinas fueron, en 1898, el primer país que bajo Aguinaldo luchó en Extremo Oriente por su independencia, dominando la rebelión los Estados Unidos después de varios años de combates de guerrillas. Y es que en las Islas sometidas a una gran penetración occidental con los españoles, éstos influyeron profundamente, entregándose con toda pasión a la cristianización de las tribus y a infundirles la cultura y manera de ser

española. Resultó así que el filipino educado tuvo una formación de tipo europeo superior a la de los países vecinos.

La posterior ocupación americana tuvo dos características: importancia dada a la instrucción pública y dependencia económica completa de los Estados Unidos, debido al libre comercio entre Norteamérica y las Islas Filipinas. Al mismo tiempo se siguió un proceso rápido hacia el gobierno autónomo, aprobándose en 1934 por el Congreso de Estados Unidos la Unión (Commonwealth) Filipina, que duraría diez años hasta la completa independencia.

Los japoneses invadieron esta Unión en 1942, huyendo a Estados Unidos el Presidente Quezón y el Vicepresidente Osmeña, mientras que José Vargas, José Laurel y otros políticos colaboraron con los japoneses, como otras muchas figuras —Aung San, Soekarno y Ho-Chi-Mih— hicieron en toda el Asia invadida. El 28 de enero de 1948, el Presidente Rojas, no muy limpio de «colaboracionismo», concedió una amnistía para todos los colaboracionistas.

El período de diez años bajo la Unión (Commonwealth) tenía por objeto ir preparando el reajuste económico de las Islas, modificando sus monocultivos de azúcar, copra, abacá y tabaco. Hasta 1942 se consiguió incrementar la explotación minera: oro, hierro, cobre y cromita principalmente; pero el hierro carece ahora de su antiguo mercado, que era el japonés.

Otra causa que, afecta perniciosamente a la economía actual es el descontento de los campesinos, de los que muchos apoyan los grupos de guerrillas, organizadas contras los japoneses, y de los que los llamados Hukbalahaps, dirigidos por Luis Taruc, que se confiesa comunista, no han depuesto las armas, en lucha contra los propietarios.

El Presidente Roxas trató de suprimir los Hukbalahaps por la fuerza, sin resultado. El Presidente Elpidio Quirino inició en la primavera de 1948 otra política, entablando conversaciones con Taruc, otorgándose una amnistía en 21 de junio de 1948, sin re-

sultado eficaz al reproducirse los atentados desde fines de agosto.

Otro factor económico de influencia política es la posición que en el comercio al detalle tienen los chinos; se calcula que antes de la guerra dominaban el 80 por 100, y los americanos y chinos en el de importación y exportación (el 33 por 100 cada uno de ellos), en el total de los cuales sólo participan los filipinos en un 23 por 100, originando esto una reacción económica nacionalista.

El problema es que si el capital extranjero no encuentra atractiva su inversión en las Filipinas, éstas no podrán organizar una economía sana, con capitalización adecuada, que sólo de fuera puede venir, ya que la industrialización no puede hacerse con sólo los recursos indígenas.

Antes Roxas y ahora Quirino, consideran esencial para esa industrialización la ayuda americana, mientras que varios grupos, desde las izquierdas y desde la «Alianza Democrática», con Osmeña, hasta antiguos colaboradores como Laurel, se oponen con el pretexto de que se atenta contra la independencia filipina.

El problema más debatido es el del «Acta de Comercio Filipino» (Philippine Trade Act), que establece libre comercio con los Estados Unidos hasta 1954, con aumentos progresivos de aduanas hasta 1974. El Acta no entró en vigor hasta que no se concedieron los mismos derechos a los norteamericanos que a los filipinos, lo que duraría hasta 1974. Para lograr esto, Roxas hizo un gran esfuerzo frente a una oposición tenaz, consiguiendo 1.632.876 votos a favor contra 230.444, de un total de 17.000.000 de habitantes, de los que los analfabetos carecen de voto.

Un elemento importante para el equilibrio de la balanza comercial fueron los 400.000.000 de dólares concedidos para reparación de daños de guerra por el Congreso de los Estados Unidos; pero esta ayuda se acabará algún día, y mientras, poco se ha hecho para crear nuevas industrias. La Beyster Corporation, de Detroit, ha hecho un plan de inversiones por un total de 1.500 millones de

dólares, en quince años; pero el capital americano muestra poco interés en acudir. La razón es que el pueblo filipino parece que se muestra poco propicio al capital extranjero reflejando dos creencias corrientes en Asia: que el capital extranjero acude por mal que se le trate y que la independencia es inútil sin autarquía económica.

### T r a b a j o

Bogotá

Núm. 1, 1948:

ECHEVERRI HERRERA, Carlos: *La Conferencia Interamericana de Seguridad Social.*

Se trata del mensaje dirigido por el autor, jefe del Departamento Nacio-

nal de Seguros Sociales, a la Conferencia Interamericana de Seguridad Social, celebrada en Río de Janeiro en 1947. En el texto se pone de manifiesto la especial atención que el régimen del seguro ha conseguido despertar en el país. A continuación, hace una rápida crítica de la legislación anterior al seguro, señalando el gran interés que para Colombia han de tener las recomendaciones que la Conferencia adopte en relación con la extensión del seguro obligatorio para el trabajador independiente, manual e intelectual, y su ampliación efectiva a las zonas de trabajo agrícola. Finalmente, proclama la aspiración de los colombianos a poder contar con un amplio margen de autonomía económica dentro del comercio internacional que les permita desarrollar y proteger debidamente las fuentes de la riqueza patria.

# CRONICAS

